

Aquella misma noche habia leido Jacobo Merey en el *Monitor*: «El jefe de una partida de emigrados que habia combatido en Champaña, viendo que nada podia hacer en aquel sitio se encerró en principios de Octubre en la ciudad de Mayenza.

»Mayenza se rindió el 21, y no habiendo hecho el gobernador ninguna condicion en favor de los emigrados, ha sido cogido el señor de Charelet con las armas en la mano y fusilado á las veinticuatro horas, en virtud de la ley de 9 de Octubre.

»Se dice que dicho señor de Charelet poseia cuantiosos bienes en el departamento de Creuse, en las cercanías de la ciudad de Argenton.

»Otra buena herencia para la república.»

Al dia siguiente tenia Jacobo Merey la orden de Garat para viajar en comision desde el 26 de Octubre hasta el 10 de Noviembre inclusive.

Inmediatamente salió para Mayenza con una carta del general Dumuriez para el general Custine.

La víspera de su marcha, Garnier de Saintes habia propuesto un decreto, el que fué aceptado por la Convencion, desterrando á los emigrados á perpetuidad, y castigando con la pena de muerte, sin distincion de edad ni sexo, á los que volvieran á Francia.

XIII.

Una carta de Eva

Jacobo Merey no perdió un momento. A las diez de la mañana estaba enganchada una carretela para camino, y él aguardaba la orden vestido con el traje de viaje.

A las once se la presentó Danton. Los dos amigos se abrazaron, y despues de recomendarle la salud de su esposa, salió Jacobo Merey gritando al postillon:

—Camino de Alemania.

Era el mismo por donde habia regresado con Dumuriez.

Volvió á ver á Chateau, Thiers y Chalons, y saludó al pasar el campo de batalla de Valmy, en donde se veian las eminencias de las tumbas.

En Verdun se encontró con que, despues de haber tenido poco valor, querian hacerlo olvidar á fuerza de rigor. Las desgraciadas jóvenes que sin comprender que era un crimen habian salido á recibir al rey de Prusia, estaban presas y se les seguia causa; ya se sabe que fueron ejecutadas.

Entró en el Palatinado por Kaiserslautern, y tres dias despues de su salida de Paris llegó á Mayenza; habia andado doscientas ocho leguas en sesenta horas.

Pero el general Custine habia continuado su camino, y se hallaba ya en Francfort, sobre el Main.

Jacobo Merey pidió informes á los oficiales que habian quedado de guarnicion en Mayenza, y les preguntó si tenian noticia del fusilamiento de emigrados.

Era cierto, y el hecho habia causado profunda sensacion en la

poblacion, porque el decreto era del 9 y se ejecutaba por primera vez.

Se habia cumplido literalmente; ninguno de los siete acusados se salvó.

Preguntó el nombre de aquellos desgraciados; los habian olvidado.

Le dijeron que uno de los oficiales que habia formado parte del consejo de guerra estaba en Mayenza, y le indicaron su nombre y sus señas.

Jacobo Merey se presentó á él.

Era un capitán, y recordaba perfectamente que el jefe de los seis caballeros habia declarado se llamaba Luis Carlos Fernando de Charelet; pero de todos modos, el relator tendria el legajo y era ayudante del general Custine y el miembro más jóven del consejo.

Ya hemos dicho que el general estaba en Francfort.

Jacobo Merey volvió á salir el mismo dia, y por la tarde se apeaba en la fonda de Inglaterra.

El nombre del jóven relator era el de *Cárlos Andrés*, y Jacobo Merey lo llevaba en su cartera.

A la madrugada se presentó en casa del general; ya estaba levantado y disponiéndose á pasar revista á sus soldados.

Su título de representante del pueblo asustó algo á Custine, porque pertenecia por sus antecedentes al partido realista, como Dumuriez, y si bien su brazo habia combatido fielmente, su conciencia no estaba de acuerdo.

La carta de Dumuriez le tranquilizó, y con verdadero placer hizo llamar á *Cárlos Andrés*, su ayudante, dándole orden para que pusiera á disposicion de Jacobo Merey todos los documentos concernientes al ex-señor de Charelet.

El jóven oficial ofreció presentarse en la fonda de Inglaterra, media hora despues, con el legajo y los papeles encontrados en poder del difunto, y que probaban su identidad.

Cumplió su palabra.

El legajo y los papeles consistian en el interrogatorio, el juicio verbal y tres cartas de su hermana, canonesa en Burges.

El interrogatorio estaba concebido en estos términos:

«*Pregunta.* Vuestro nombre, apellidos y ocupacion.

»*Respuesta.* *Cárlos Luis Fernando*, señor de Charelet.

»*P.* ¿Vuestra edad?

»*R.* Cuarenta y cinco años.

»*P.* ¿Lugar de nacimiento?

»*R.* El castillo de Charelet, cerca de Argenton.

»*P.* ¿Por qué habeis salido de Francia?

»*R.* Por no ser cómplice de los crímenes que se cometian.

»*P.* ¿A dónde habeis ido al salir de Francia?

»*R.* A reunirme con el cuerpo de emigrados que se batia en Champaña á las órdenes del príncipe de Ligne.

»*P.* ¿Y cuándo habeis salido de Champaña?

»*R.* Ocho dias despues de la batalla de Valmy, al saber por el señor de Calonne que la retirada estaba decidida.

»*P.* ¿Por qué dejábais la Champaña?

»*R.* Porque nada podia hacer.

»*P.* ¿Y habeis venido á Mayenza para servir contra la Francia?

»*R.* Contra la Francia, no; contra el gobierno que la deshonor.

»*P.* ¿No debeis ignorar el decreto de la Convencion del 9 de Octubre, por el cual se castiga con la pena de muerte á todo emigrado preso con las armas en la mano?

»*R.* No lo ignoro; pero tampoco le doy ningun valor.

»*P.* ¿No teneis nada que decir para vuestra defensa?

»*R.* Nada. He nacido realista y católico, muero católico y realista; es decir, como mis antepasados.»

Despues de alejar al acusado deliberó el consejo; pero como *Cárlos Luis Fernando*, ex-señor de Charelet, nada habia dicho para su defensa, sinó al contrario, habia provocado el castigo, fué condenado á muerte por unanimidad.

El sentenciado, introducido de nuevo en la sala del consejo, escuchó impasible la lectura de la sentencia; contestó por un ¡Viva el rey! á la pregunta que se le hizo, si no tenia nada que reclamar.

»Al amanecer del dia siguiente habia sido fusilado y enterrado en los fosos de la ciudadela.»

Esta lectura absorbió por algun tiempo á Jacobo Merey.

El comportamiento del señor de Charelet, para con el tribunal que le juzgaba, habia sido el de un mal patriota, pero el de un verdadero caballero, valiente y leal, que habia sostenido hasta lo último el juramento de fidelidad hecho al rey.

¿Cómo un hombre que para con él habia faltado á todas las reglas de delicadeza y educacion, [conservaba aquella consecuencia y aquella fé hácia su partido político?

Es porque generalmente en el hombre está subordinada la conciencia á la educacion, y esta imponia sus deberes á la nobleza con respecto á lo superior á ella; pero la dejaba en libertad tratándose de lo inferior.

En la imaginacion del señor de Charelet, un médico de un pueblo no significaba nada, y él, que arrostraba tan animosamente la muerte por un principio político, no creia faltar violando el sublime principio moral.

El derecho divino no se limitaba solo á los reyes, sino que era extensivo á la nobleza, y así como el rey reinaba por derecho divino sobre la nobleza, esta reinaba por derecho divino tambien sobre el pueblo.

—Teniente, dispensadme, dijo Jacobo Merey despues de haber reflexionado un momento y haber deducido lo que llevamos indicado; ¿no me habeis dicho que unidas al legajo habia tres cartas del señor de Charelet?

—Efectivamente, aquí están; contestó el jóven oficial.

—¿Será una indiscrecion rogaros me permitais leerlas?

—De ningun modo. Tengo orden para comunicaros todos los documentos, y hasta para daros copia si lo deseais.

—¿Decís que esas cartas son de la señorita de Charelet, ex-canonesa de las angustias de Burges?

—¿Quereis que os las presente por orden de fechas?

Jacobo Merey hizo un signo afirmativo.

La primera era del 16 de Agosto, y decia lo siguiente:

«Mi muy querido y estimado hermano: He vuelto á Burges con el precioso depósito que me habeis confiado.

»Pero puedo aseguraros que hasta hoy solo he podido considerarlo físicamente, pues moralmente me habeis entregado una hermosa criatura sin iniciativa y sin voluntad, que ni aun contesta al nombre de Elena, y solo parece prestar atencion cuando se le da el de Eva.

»Entonces brillan sus ojos y se fijan en la persona que la nombra; pero como sin duda no es la que desea ver, vuelven á cerrarse y recae en esa acostumbrada somnolencia.

»En vista de esto, os ruego me permitais llamarla Eva, puesto que solo responde por ese nombre.

»En vuestra última carta, que he recibido esta mañana, me decís pensais salir de Francia y preguntais cuál es la opinion de una humilde sierva del Señor antes de tomar una resolucion tan trascendental.

»Pues bien, mi parecer es que un Charelet, cuyos antepasados tomaron parte en las Cruzadas y que ostentan en su escudo la cruz con cantoneras de plata y flor de lis de oro, no deben autorizar con su presencia ni contemporizar con lo que hoy sucede.

»Partid, y cuando creais que debemos ir á reunirnos con vos, escribidme, y vuestras órdenes serán ejecutadas.

»Vuestra obediente y amante hermana.—MARÍA DE CHARELET.—SOR ROSALÍA, en religion.»

Esta carta era de la mayor importancia para Jacobo Merey.

Por ella sabia el dolor profundo que habia sentido Eva con la separacion, y como el amor es egoista hasta la crueldad, el de Eva era un bálsamo para el suyo.

El jóven oficial le entregó la segunda carta, concebida en estos términos:

«Muy querido y estimado hermano: He sabido con gran placer que habeis llegado á Verdun, en donde á lo ménos os creo seguro.

»Mucho he celebrado la buena acogida que os ha dispensado el rey de Prusia, y aplaudo vuestra resolucion de entrar á formar parte de los voluntarios del príncipe de Ligne, verdadero príncipe del imperio y caballero de antigua y noble raza.

»Por la edad y el retrato que me haceis de él, debe de ser hijo

de Carlos José y nieto de Cláudio del Amoral. Su padre era uno de los hidalgos más valientes é ingeniosos que pueden conocerse.

»Un Charelet sin rebajarse, puede servir á las órdenes de un Amoral.

»Elena está mejor, aunque continúa obstinándose en no contestar por ese nombre, como si no fuera el suyo.

»Además, desde el día en que salimos de Charelet no ha pronunciado una palabra.

»Ha empezado á tomar algunas cucharadas de sopa, que con una ó dos copas de jarabe es suficiente para sostenerla.

»Ayer, en lugar de sentarla á la ventana que cae al patio, la hice sentarse á la que da al jardín: al ver el follaje y el arroyuelo que le riega, lanzó un grito, se incorporó en el sillón y volvió á caer en él, exclamando con desesperacion. «¡No, no, no!» No sé lo que quería decir, pero al fin habló.

»Como me he figurado que el silencio de vuestra hija es por mala voluntad y que su postracion es efecto de terquedad, habiendo escuchado ruido en su habitacion, despues que Juana, la doncella, la habia acostado, miré por un agujero practicado en el tabique.

»Apoyándose en los muebles, se habia levantado y dirigido á su reclinatorio, á los piés del crucifijo que está entre las dos ventanas. Una vez allí, fuera con los labios, fuera solo mental, dirigió al cielo sus oraciones durante largo rato.

»Parece que ese hombre, al lado del cual ha permanecido desgraciadamente largo tiempo, no carecia de sentimientos religiosos, puesto que la pobre niña busca un refugio en Dios.

»Por hoy, no tengo más que comunicaros, y espero que esta carta, dirigida á Verdun, llegará á vuestras manos.

»Vuestra afectuosa hermana.—MARÍA DE CHARELET.—SOR ROSALÍA, *en religion.*»

Jacobo Merey se apoderó apresuradamente de la tercera carta. Su contenido era el siguiente:

«Muy querido y estimado hermano:

»Despues de la victoria que, segun me decís, han ganado los prusianos en el Prado Grande, y la derrota de los franceses, espero



La pobre niña busca un refugio en Dios.

que no seremos nosotras quienes vayamos á buscaros á Alemania, sino vos el que dentro de pocos dias estareis en Paris.

»¡Ay! Desgraciadamente llegareis demasiado tarde para impedir los horrorosos crímenes que se han cometido, pero á tiempo aun para vengarlos.

»Nuestro pobre rey y la familia real están, como no ignorareis, presos en el Temple, y se dice piensan juzgar al elegido del Señor.

»Dios os conducirá lo más pronto para evitar ese crimen espantoso, el más terrible de todos.

»Nada tendria de extraño sea cierto que á los resplandores de la fusilería hayais visto á ese hombre en las filas republicanas. Ya sabeis lo habian nombrado miembro de la Convencion, y lei en un periódico habia salido para el Este con una comision para Dumuriez.

»Elena ha querido enviar una carta por el correo, pero como tiene tan poco discernimiento, no reflexionó que Juana me la entregaria en lugar de obedecerla.

»Juana efectivamente me la presentó; es la expresion de un verdadero delirio.

»Os la envio para que juzgueis hasta dónde llega la loca pasion de esta niña, y cuán preciso es que cuanto antes salga de Francia si salen fallidas mis esperanzas y no vais á Paris dentro de pocos dias.

»Es inútil añadir que he recomendado á Juana me entregue todas las cartas que escriba Elena, y asegure á esta las lleva al correo.»

Jacobo Merey dió un grito: entre las dos páginas de la señorita de Charelet acababa de reconocer la letra de Eva, y devoró, mas bien que leyó, las siguientes líneas:

«Amigo mio, maestro mio, rey mio, y diria mi Dios, si no fuera porque tengo que rogar á Dios me reuna contigo.

»Cuando me dijeron que estaba separada de tí para siempre, quise morir.

»Mi padre, ó se cansó de mis quejas, ó tuvo miedo de mi resolución. A todo lo que me preguntaba le contestaba:—*Le amo.*

»Ha hecho venir á mi tia la canonesa de Burges, y me ha puesto bajo su vigilancia.

»Green que estoy loca; poco me falta, porque mis ideas se trastornan.

»Si no fuera porque continuamente tu imagen me acompaña y que estoy segura vives, me creeria muerta y en el pais de las sombras, pues todo lo encuentro sombrío, impalpable, oscuro.

»Así debe de ser cuando deje de latir el corazón y lo encierren en la tumba.

»Para mí ha sido un nuevo dolor abandonar el castillo de Charelet, porque á lo ménos no estaba separada de tí más que cuatro leguas, amado mio, y siempre cuando escuchaba el ruido de una puerta me parecia que eras tú.

»Al subir al carruaje, ó más bien al conducirme á él, me desmayé, y desde entonces no he recobrado por completo los sentidos.

»Dos días hacia que estaba en Burges, cuando me sentaron delante de una ventana que daba al jardín: un grito de alegría se escapó de mi pecho y me pareció que me inundaba un rayo de luz y que me encontraba de nuevo en nuestro eden.

»Veía una pradera como la nuestra, un estanque como el nuestro, tu casita; pero ni gruta, ni emparrado de tilos, ni árbol de la ciencia, y sobre todo, no veía á Jacobo Merey.

»¡Oh amado mio! Solo tengo un pensamiento, una esperanza, y constantemente le pido á Dios en mis oraciones solo una cosa.

»Volver á verte.

»Si así no sucede, me moriré; pero tranquilízate, antes haré todo lo posible por reunirme contigo.

»De tí procedo, en busca tuya voy; sin tí no existe—EVA.»

—¡Oh! caballero, exclamó Jacobo Merey; ¿me permitireis que copie algunos documentos?

—Más aun, contestó el jóven oficial comprendiendo el deseo del doctor; dejadme copia de esa carta certificando es conforme con el original, y guardadla.

Jacobo Merey estrechó en sus brazos á Carlos Andrés, quiso darle las gracias, pero las lágrimas ahogaron su voz.

Veinte veces besó la carta de Eva, y con temblorosa mano empezó á copiarla.

Después la escondió en su seno, como un tesoro.

—Caballero, jamás olvidaré lo que habeis hecho por mí.

Carlos Andrés manifestaba que todavía tenia algo más que decir: vacilaba.

Jacobo comprendió su vacilacion.

—Caballero, le dijo, creo que es inútil deciros que amo á la señorita de Charelet y que soy correspondido. Esta carta, que la muerte del padre de Eva hace llegar á mis manos por tan dolorosos medios, estaba dirigida á mí, y en ella, como prueba de lo dicho, se encuentra mi nombre. Vuelvo á Francia para buscar á la pobre niña, que sin mí está perdida. ¿Sabeis algo más de lo que me habeis dicho?

—Me comprometo, caballero, á deciros lo que sé, pero estoy seguro guardareis el secreto. Yo mandé hacer fuego en la ejecucion, y en el mismo sitio en que debia tener lugar me entregó el señor de Charelet una carta para su hermana, rogándome se la enviara como su última voluntad. Le ofrecí ponerla en el correo y lo cumplí.

—¿Y nada dijo al escuchar vuestra promesa?

—Sí, murmuró estas palabras: «Tal vez llegue á tiempo.»

Jacobo Merey llamó, besó otra vez la carta de Eva, la guardó en su pecho, abrazó al jóven oficial, mandó poner caballos á la silla de posta, fué á dar las gracias al general Custine y estrechó su mano, y después, con el mismo laconismo que habia dicho tres días antes *camino de Alemania*, dijo *camino de Francia*, y la silla de posta salió á escape.